

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ TORRES, *Esclavos, Imperios, Globalización (1555-1778)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2010; prólogo de Carlos Martínez Shaw. ISBN: 978-84-00-09227-6; e ISBN: 978-84-00-09266-5.

José Antonio Martínez Torres, especialista en el mundo transfronterizo del Mediterráneo de los siglos XVI y XVII, ha alumbrado un nuevo libro que compila una serie de textos menores (artículos y conferencias), la mayoría de ellos inéditos, pergeñados entre 1999 y 2009. Todos sin excepción tratan de profundizar en la interacción político-cultural y socio-económica que existe entre Europa y las «otras» civilizaciones durante la Edad Moderna. Desde luego el tema es sugestivo y actual, y así lo manifiesta también el prologuista de este importante trabajo, el profesor de Historia Moderna de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Carlos Martínez Shaw.

Se trata sin duda de un libro atrevido y atractivo, que hilvana con solvencia y precisión temas en apariencia dispares, ofreciéndonos un caleidoscopio intercontinental de escenarios donde se demuestra que todo estaba muy interrelacionado, interconectado si empleamos las palabras de Sanjay Subrahmanyam y Serge Gruzinski, autores que son citados en varias ocasiones por Martínez Torres. En sus doscientas páginas se analizan asuntos tan singulares como por ejemplo la trata conjunta de esclavos (negros y blancos) en el Mediterráneo y el Atlántico; el papel que desempeñó la política y la religión en la forja de los imperios modernos; la cultura de la guerra en una Europa extraordinariamente dividida por los conflictos confesionales; la cuestión de la propaganda «política» en la Monarquía Católica (a través de los principales escritos del letrado castellano Gregorio López Madera); o el estado de los imperios coloniales europeos al filo de 1700.

Particularmente novedosa y atinada me parece su comparación entre la esclavitud clásica y el cautiverio, tanto de negros o cristianos en el Norte de África-Turquía, como de musulmanes en la Europa meridional. Lo mismo se puede decir de sus apreciaciones sobre la existencia en la Edad Moderna de un «cautivo-tipo» que resulta del impacto brutal que tuvo el corso y la piratería berberisca en la sociedad y cultura europea de esta época. Sus afirmaciones se basan en el estudio de las redenciones de cautivos que efectuaron los padres trinitarios, que tan bien conoce desde que publicara su *Prisioneros de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán, siglos XVI y XVII* (Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004; prólogo de Bernard Vincent). Así, a la hora de evaluar los costes humanos y materiales de esta lucrativa actividad (lo que denomina con acierto «economía del rescate»), Martínez Torres nos recuerda que en estas centurias existieron arquetipos tan novelescos como sugerentes para profundizar en su estudio como el del mercader-rescatador, que a menudo había sido un antiguo cautivo o renegado. Haciéndose eco de otros importantes trabajos publicados en Francia, Italia e Inglaterra fundamentalmente, el autor también nos aclara la diferencia que existía en esta época entre una

sociedad esclavista y otra que sólo tenía esclavos (página 55), y confirma lo que ya barruntara Fernand Braudel a mediados del pasado siglo en una serie de dispersos pero fundamentales trabajos (*En torno al Mediterráneo*, Barcelona, Paidós 1997; presentación de Maurice Aymard). Es decir, que el Mundo Mediterráneo se resistió a ser engullido por el Mundo Atlántico después del famoso viraje de 1580, siguiendo su propia lógica e integrándose ambos escenarios en la geo-estrategia mundial de entonces (véase también la compilación de trabajos dirigidas por José Antonio Martínez Torres: *Circulación de personas e intercambios comerciales en el Mediterráneo y en el Atlántico, siglos XVI, XVII, XVIII*, Madrid, CSIC, 2008). En este sentido, el doctor Martínez Torres también nos menciona la profunda huella que tuvo durante toda la Edad Moderna los llamados sermones sobre «los males y el infierno de Berbería». Su principal misión, recuerda con acierto el autor, consistía en animar las dádivas de los fieles cristianos. Igualmente pone el dedo en la llaga al destacar que la cuestión de la esclavitud europea en el Islam no era un problema exclusivamente católico ni mediterráneo, habida cuenta de la importante capacidad de penetración en las islas y en el propio continente europeo que siempre tuvieron los marinos de la Media Luna.

Por lo que atañe al segundo bloque de trabajos del libro, el dedicado a los imperios, en la parte referida a la guerra de los Treinta Años y a la civilización de la guerra gestada en una Europa atomizada por las consecuencias de la Reforma y la Contrarreforma, el autor nos introduce en la fatídica retórica de la guerra de religión; a la vez que se recuerda que de los 250 conflictos armados que se desarrollan en Europa o por europeos desde fines del siglo XV al XVIII «sólo» 24 fueron de cuño estrictamente religioso. Esta cultura bélica está siendo tratada recientemente desde ópticas diversas y renovadoras. Desde el prisma cultural (véase la reciente obra de David García Hernán: *La cultura de la guerra y el teatro del Siglo de Oro*, Madrid, Silex Ediciones, 2006), al político que propone la nueva historia militar de Jeremy Black (últimamente, *War in the World. A comparative history, 1450-1600*, Londres, Palgrave, 2011). El autor, por su parte, intenta repensar la historiografía sobre este tema tan medular sin prejuicios ni ataduras, tratando de evitar presentismos y reduccionismos (páginas 67 y 98). Así, por lo que atañe al rol fundamental que atribuye a la publicística, la imprenta, la tratadística política y todos los recursos que eran fuente de opinión en este momento, elige analizar *Las Excelencias de la Monarchia y Reino de España* (1597 y 1625 respectivamente), obra de Gregorio López Madera, destacado jurista de las épocas de Felipe III y Felipe IV. El análisis de esta obra hace que su autor le imbrique en un plan propagandístico olivarista que estaba diseñado por el valido para otorgar preeminencia a los reyes de Castilla y León, superiores en antigüedad y continuidad a los mismísimos emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico. Tal entelequia teórica no era para nada banal, y estaba cuajada de una marcada intención política por parte del rey católico en Francia como consecuencia del debate dinástico que se abrió en Europa a finales del siglo XVI, reabierto ya en un contexto de crisis e introspección de la Monarquía al filo de 1640. Tanto en un caso como en otro las res-

puestas obviamente fueron gruesas, y así lo demuestran los textos de Chasseneaux y Martí Viladamor.

El tercer bloque de trabajos lo consagra el autor a la globalidad que se respira en el mundo del Barroco, y nos permite vislumbrar el denso entramado colonial hispano-luso durante el periodo conocido como de Unión de Coronas; así como la intromisión de los marinos y mercaderes holandeses, franceses e ingleses en el lábil puzzle territorial que conformaban las plazas y las factorías españolas y portuguesas, dispersas por todos los mares y océanos del mundo. Su tesis principal es que la Monarquía Hispánica no desatendió el Imperio ultramarino portugués, pese a los argumentos esgrimidos por la historiografía nacionalista lusitana (página 111). Indudablemente hubo momentos de debilidad (véanse los ataques de los neerlandeses en África occidental y el sudeste asiático en el reinado de Felipe III), pero también importantes logros (contémplese el magnífico cuadro de la recuperación de Bahía por una armada hispano-lusa, en 1625, donde Juan Bautista Maíno pinta a don Fadrique de Toledo mostrando a Felipe IV pisoteando la Herejía, la Ira y la Guerra, mientras la alegoría de la Victoria y el propio Conde-Duque de Olivares coronan al monarca con los clásicos laureles del vencedor). Es más, yo iría más lejos y me atrevería a indicar que hasta se procedió con grandes dosis de prudencia y astucia, como cuando observamos como en Macao por la misma época nunca se arrió la bandera con los escudetes o quinas de Portugal para no provocar a los emperadores chinos, ni para malograr la ventajosa relación comercial establecida a través de las Filipinas española. En todo caso, no dejarán de sorprender al lector afirmaciones rotundas y hasta cierto punto revisionistas, como cuando se habla de un Olivares clarividente y fino estadista «con precisión de relojero», o como cuando se alude a Manila como una colonia más mexicana que española (página 120).

El último de los epígrafes, el dedicado a la proyección europea sobre Asia y África hacia 1700, es una inteligente síntesis de manual «a la francesa» sobre la situación política y económica de las principales potencias extra-europeas antes y después de esa fecha, y sobre sus desmedidas ambiciones económicas. Tales páginas se complementan solventemente con un apéndice de siete ilustraciones, que tal vez hubiesen cobrado más fuerza y vigor si se hubiese integrado en el cuerpo central del libro; dos árboles genealógicos (uno de la Casa de Habsburgo y otro de la Valois-Borbón) y ocho textos (fragmentos de la paz de Augsburgo, 1555; del Edicto de Nantes, 1598; de la paz de Westfalia, 1648; el relato del viaje protagonizado por el famoso marqués de Linares a la India en 1630; un listado de armadores y calafateadores catalanes prisioneros en Argel hacia 1590; las consideraciones deterministas del jurista francés Jean Bodín acerca de los pueblos, los climas y el poder; las disquisiciones racistas sobre las gentes del África occidental y oriental según el ilustrado barón de Montesquieu; o un curioso informe sobre el continente asiático redactado para la corona española por el aventurero y espía inglés a su servicio, Anthony Sherley) cierran este trabajo en consecuencia a lo planteado en la introducción del mismo. Finalmente, el autor no olvida ofrecernos

un útil anexo con las fuentes y la bibliografía empleada, y un índice onomástico y toponímico, imprescindible y útil cuando se abarca temas, países y continentes a escala planetaria.

No obstante, en una obra de esta envergadura y calado, donde predomina la imagen que deja el telescopio a la del microscópico, he echado en falta algunas matizaciones. Así, en el caso concreto de las redenciones de cautivos, no me ha quedado del todo claro si existen diferencias entre el rescate ejercido por los trinitarios y el de los mercedarios, o con respecto a otras instituciones que estuvieron implicadas en esta singular y compleja tarea asistencial y humanitaria (desde el Arca de Cautivos de los duques de Frías en Burgos, consagrada a liberar a sus propios vasallos del Islam; a las licencias para limosnear expedidas por los diferentes Consejos territoriales para contribuir a la liberación de sus compatriotas). En este último caso el autor no menciona a importantes organismos colegiados implicados tales como el Consejo de Cruzada, que también destinaron dinero a rescatar cautivos cristianos, seguramente por tratarse de un fondo documental que no han podido consultar los investigadores interesados en esta materia hasta fechas muy recientes. Asimismo, en mi opinión el enfoque del libro (aunque se hagan importantes esfuerzos y se aluda a las trayectorias particulares de imperios remotos como Turquía, China y Japón) sigue teniendo cierto sesgo euro-céntrico, probablemente porque resulte imposible integrar en nuestros discursos los testimonios y la bibliografía redactada en idiomas tan difíciles para nosotros como el turco otomano, el manchú, el japonés, el árabe, el farsi... Sin embargo, ante la proliferación de trabajos científicos que actualmente existen en la red, vertidos muchos de ellos al inglés y el francés, estamos convencidos que será un problema superable en un futuro cercano, máxime cuando comenzamos a saber que desde la época de Enrique «el navegante» los portugueses probablemente embarcaron pilotos nativos para circunvalar los continentes, o que el 80% de toda la plata en circulación en el mundo entre 1500 y 1800 terminaba en el imperio Celeste.

Tales aspectos, lejos de menoscabar el valor que tiene esta obra, la ensalzan. Por todo lo cual pensamos que nos hallamos ante un libro fundamental, reflexivo, bien escrito y sugerente (la integración de fuentes primarias y secundarias se ha hecho muy inteligentemente). Los casi diez años de estudio y contacto con otras historiografías han permitido a su autor consultar documentos inéditos sin renunciar por ello a lo escrito por los historiadores españoles. En suma, *Esclavos, Imperios, Globalización (1559-1778)* es un trabajo a todas luces recomendable, que demuestra la máxima de que los vinos viejos contenidos en un odre nuevo recobran cuerpo y vitalidad, no cabiéndome la menor duda que su lectura animará a futuras investigaciones a matizar, rechazar o apuntalar más si cabe algunas de las hipótesis mantenidas a lo largo de sus fértiles páginas.

Miguel Fernando Gómez Vozmediano  
Universidad Carlos III de Madrid (Departamento de Humanidades)  
Archivo de la Nobleza, Toledo